



has enardecido tanto en pos de mí y has escurriado todo mi menaje? ¿Qué has encontrado de todo el haber de tu casa? Pónlo aquí á la vista de mis hermanos y de tus hermanos, y sean jueces entre mí y tí. ¿Para esto he estado contigo veinte años? Tus ovejas y cabras no fueron estériles, no me he comido los carneros de tu ganado. Ni te mostré lo que las fieras habían arrebatado; yo resarcía todo el daño, y me exigías con rigor todo lo que perecía por hurto. De día y de noche me quemaba el calor y la helada, y huía el sueño de mis ojos. Y de esta manera te he servido veinte años en tu casa, catorce por tus hijas y seis por tus ganados; y diez veces has cambiado mi salario. Si el Dios de mi padre, el Dios de Abraham y el temor de Isaac no me hubiera asistido, tal vez ahora me hubieras despachado desnudo; pero Dios miró mi aflicción y el trabajo de mis manos, y ayer te reprendió.» Labán le respondió: «Mis hijas é hijos, y tus ganados y todo lo que ves, son cosa mia. ¿Pero qué mal puedo yo hacer á mis hijos y nietos? Ven pues, y hagamos alianza para que sea en testimonio entre mí y entre tí.» Tomaron entonces piedras, hicieron un majano, y comieron sobre él. «Este majano, dijo Labán, será hoy testigo entre mí y entre tí. Mire y juzgue el Señor entre nosotros, cuando nos hubiéremos separado el uno del otro. Si afligieres á mis hijas, y si tomares otras mujeres á más de ellas, ningun testigo hay de nuestras palabras sino es Dios, que presente está mirando. Mira, este majano y esta piedra que he alzado entre mí y tí, sean en testimonio, si yo pasare de él para ir á tí, ó si tú le pasares con designio de hacerme mal. El Dios de Abraham, el Dios de Nachor y el Dios de tu padre, juzgue entre nosotros.» Juró, pues, Jacob por el temor de su padre, es decir, como se interpreta comunmente, por el Dios que temía Isaac. Y habiendo inmolado las victimas en el monte, llamó á sus hermanos para que comiesen pan, los cuales, despues de haber comido, se quedaron allí. Mas Labán, levantándose antes de amanecer, besó á sus hijos y á sus hijas, y bendijolos y se volvió á su lugar (1).

(1) Gén., 31.

El majano de piedras sobre el cual el suegro y el yerno hicieron alianza, fué llamado por el primero Yegar Saadouta, y por el segundo Galaad, significando uno de estos nombres en siriaco monton de testigo, y el otro en hebreo, monton de testimonio. El nombre de Galaad se dió por consiguiente á toda la montaña. Segun el Samaritano, los Setenta y la *Vulgata*, Labán habla del Dios de Abraham y del Dios de Nachor como un solo Dios, que llama en un pasaje Jehová ó el Eterno. Segun el hebreo, parece distinguir el Dios de Nachor del de Abraham. Se puede conjeturar que, no estando sus ideas sobre este punto suficientemente claras, sus palabras no lo fueron más.

Por su parte, Jacob continuó igualmente su camino, cuando los ángeles de Dios vinieron á su encuentro. Y habiéndoles visto, dijo: «Estos són campamentos de Dios.» Y llamó á este lugar Mahanaim, esto es, Campamentos. Se construyó una ciudad en seguida, que conserva el nombre de Mahanaim.

Desde este punto envió mensajeros á su hermano Esaú, en la montaña de Seir, con estas órdenes: «Así hablareis á Esaú mi señor: «Jacob, tu hermano, te dice esto: En casa de Labán he peregrinado y he estado hasta el día de hoy. Tengo vacas, asnos y ovejas, siervos y siervas, y envío ahora embajada á mi señor para hallar gracia delante de tí.» Y volvieron á Jacob los mensajeros, diciendo: «Llegamos á tu hermano Esaú, y hé aquí que viene apresurado á tu encuentro con cuatrocientos hombres.» Temió Jacob mucho, y amedrentado, repartió la gente que tenia consigo, y tambien los ganados, las ovejas, las vacas y los camellos, en dos cuadrillas, diciendo: «Si viniere Esaú á una cuadrilla y la hiriere, la otra cuadrilla que queda se salvará.» Al mismo tiempo hizo esta súplica: «Dios de mi padre Abraham, Dios de mi padre Isaac, que me habeis dicho: «Vuélvete á tu tierra y al lugar de tu nacimiento y te haré bien;» inferior soy á todas tus misericordias y á tu verdad, que has cumplido á tu siervo. Con mi cayado pasé este Jordán, y ahora vuelvo con dos cuadrillas. Librame de la mano de Esaú mi hermano, porque le temo mucho, no sea caso que viniendo hiera á



la madre con los hijos. Tú dijiste que me colmarías de bienes y que multiplicarías mi posteridad como la arena del mar, que no se puede contar á causa de su multitud.»

Jacob, despues de haber suplicado así á Dios, puso aparte de aquello que tenia, presentes para Esaú su hermano; doscientas cabras, veinte machos de cabrío, doscientas ovejas, veinte carneros, treinta camellas paridas con sus crias, cuarenta vacas, veinte toros, veinte asnas y diez pollinos de ellas. Envió por manos de sus siervos cada manada de estas de por sí, y dijo á sus criados: «Adelantaos á mí, y haya un espacio entre manada y manada.» Despues mandó á cada uno, diciendo: «Si Esaú, mi hermano, te preguntare: «¿De quién eres? ¿ó adónde vas? ¿ó de quién es esto que llevas delante de tí?» responderás: «Son presentes de tu siervo Jacob, que ha enviado á mi señor Esaú, y él mismo viene tambien.» Porque dijo: «Le aplacaré con los presentes que van delante, y despues le veré; quizá me será propicio.»

Levantándose temprano, tomó sus dos mulas y otras tantas siervas con sus once hijos, y pasó el vado de Jacob. Cuando hubo pasado á la otra orilla, todo lo que le pertenecía se quedó solo, y hé aquí que un hombre luchó con él hasta la mañana. Este hombre, viendo que no le podia vencer, tocó el nervio de su muslo, y en el mismo momento se marchitó. Y díjole: «Déjame, que ya sube el alba.» «No te dejaré, respondió Jacob, si no me bendijeres.» «¿Qué nombre tienes?» le preguntó el misterioso personaje. «Jacob,» fué la respuesta. «Tu nombre ya no será Jacob, replicó, sino Israel, *Fuerte contra Dios*, porque si contra Dios fuiste fuerte, ¿cuánto más prevalecerás contra los hombres?» Jacob, á su vez, le pidió su nombre; mas no quiso decirle, y bendijole en el mismo lugar. El Patriarca llamó á este lugar Fanuél, diciendo: «Hé visto á Dios cara á cara, y mi alma ha sido salva (1).» Esto es porque, segun la opinion de los antiguos, no se podia ver á Dios sin morir. Lo cual en un sentido es verdadero, como Dios mismo lo dijo á Moisés: «Ningun hombre me verá y vi-

(1) Gén., 32.

virá (1).» Es decir, ningun hombre puede verme en mi esencia y conservar su vida mortal. Luego que Jacob pasó de Fanuél, salióle el sol; pero iba cojeando de un pié. Por lo que los hijos de Israel no comen, aun hoy, el nérvio que se marchitó en el muslo de su padre.

Un descendiente de Jacob, segun la carne, que tuvo la dicha de serlo igualmente segun el espíritu, ha observado que el hombre contra el cual Jacob sostuvo esta lucha misteriosa, es llamado Dios, ángel y Jehová en este pasaje de Oseas: «Jacob, su padre, fué poderoso en su lucha con Dios, fué poderoso en su lucha con el ángel, y prevaleció; imploró con lágrimas su bendición. En Betel le halló, y allí habló con nosotros. El Señor, el Dios de los ejércitos, Jehová, está siempre en su memoria; él es objeto constante de su recuerdo (2).» «Esto explica, añade él, por qué Jacob pidió con tan grande instancia la bendición del hombre que le habia atacado y le habia dislocado una pierna.» «Dios reveló á Moisés, dice Aben-Ezra, comentando este último versículo, el nombre del ángel que habló á nuestro padre. Este ángel, el Dios de los ángeles, y cuyo signo de recuerdo es Jehová, lucha contra Israel y se deja vencer. No esparce la plenitud de sus bendiciones sino despues de haber sido vencido voluntariamente. Hierre á Israel y le hace cojo, para significar nuestra dispersion. Pero da la salud á su antagonista cuando, levantado en alto, este sol de justicia vierte sobre la tierra abundantemente sus divinos rayos.» «Hé aquí, concluye dirigiéndose á los judíos, hé aquí el compendio del Evangelio. Responded á la gracia, que os solicita, y al punto vereis el cumplimiento de esta última figura. Israel cojo será sanado, y nosotros seremos congregados todos bajo las alas de Nuestro Señor Jesucristo (3).»

Apenas habia salido Jacob de esta lucha divina, cuando vió venir á Esaú, y con él cuatrocientos hombres. En seguida repartió los hijos de Lia y de Raquel y de las dos siervas. Puso delante las dos siervas y sus hijos, despues á

(1) Exod., 33, 20.

(2) Oseas, 12, 4-6.

(3) Carta de M. Drach, pág. 162. *Armonía entre la Iglesia y la Sinagoga*, t. II, pág. 208.



Lia y á sus hijos, y á Raquel y á José los postereros. Él, adelantándose á ellos, se postró en tierra por siete veces, y como adorando á su hermano hasta que se acercase. Mas Esaú, corriendo á encontrarse con su hermano, le abrazó, se arrojó á su cuello, le besó, y los dos lloraron. Despues, levantando los ojos, Esaú vió las mujeres y sus hijos, y dijo: «¿Quiénes son estos? ¿acaso te pertenecen á tí?» Y él respondió: «Son los niños que Dios ha dado á tu siervo.» Y llegando las siervas y sus hijos, se inclinaron; despues llegó Lia con sus hijos, y habiéndole en la misma forma adorado, José y Raquel le adoraron los últimos. Esaú dijo además: «¿Qué cuadrillas son estas que me he encontrado?» Jacob respondió: «Para hallar gracia delante de mi señor.» Pero Esaú replicó: «Tengo muchísimos bienes, hermano mio; sean para tí los tuyos.» Jacob insistió: «No quieras tal, te ruego; mas si he hallado gracia en tus ojos, recibe de mis manos este presente, porque he visto tu rostro como si hubiera visto el rostro de Dios; sé favorable para mí y recibe la bendicion que te he traído, y que Dios, que da todas las cosas, me ha dispensado.» Y aceptándola Esaú á duras penas, á causa de las instancias de su hermano, dijo: «Vamos juntos, y seré compañero de tu viaje.» Y dijo Jacob: «Sabes, señor mio, que tengo en mi compañía niños tiernos, y ovejas y vacas preñadas; si las hiciere trabajar más en andar, morirán en un dia todos los rebaños. Vaya mi señor delante de su siervo, y yo poco á poco seguiré sus huellas, segun viere que pueden mis niños, hasta que llegue á mi señor en Seir.»

«Ruégote, replicó Esaú, que algunos del pueblo que está conmigo te acompañen.» «No es necesario, dijo Jacob; no necesito más que una cosa, que encuentre gracia en tu presencia, señor mio.» Volvióse, pues, Esaú aquel mismo dia á Seir por el camino que habia venido.

En cuanto á Jacob, llegó á alguna distancia de Fanuél, construyó una casa para él y levantó tiendas para sus ganados; de donde se llamó á este lugar Socóth ó tiendas. Llegó por fin felizmente á la ciudad de Salem, de los Sichimitas, ante la cual estableció su morada. A este efecto, compró por cien keschitas ó cor-

deros, pieza de moneda cuyo valor se ignora la parte de campo donde él tenia sus tiendas (1).

Durante su permanencia en este lugar, una gran desgracia vino á afligirle; Dina, su hija, salió á ver las mujeres del país; Sichem, hijo de Hemor, príncipe de esta tierra, la vió, la amó, la arrebató y la hizo violencia. Su corazón se interesó por ella, y rogó á su padre Hemor obtenerla por mujer. Los hijos de Jacob venían del campo cuando Hemor y Sichem se presentaron para hacer la peticion, ofreciéndose el uno y el otro á todo lo que se quisiera. Los hijos de Jacob, vivamente irritados por el ultraje hecho á su hermana, y que meditaban una terrible venganza, respondieron que no podrian aliarse sino con hombres circuncidados. Hemor y Sichem prometieron al punto, no solamente circuncidarse ellos, sino que harian adoptar la circuncision á todo el pueblo. Cumplieron su palabra, y todos los varones fueron circuncidados sin dilacion. Pero al tercer dia, cuando el dolor de las heridas es gravísimo, dos hijos de Jacob, Simeon y Leví, hermanos de Dina, tomaron sus espadas, y acompañados sin duda de siervos armados, entraron intrépidamente en la ciudad, y pasando á cuchillo á todo varon, mataron asimismo á Hemor y á Sichem, sacando á Dina su hermana de la casa de este último. Despues que salieron, los otros hijos de Jacob se echaron sobre los muertos, saquearon la ciudad en venganza del estupro, se apoderaron de todo lo que allí habia de ganados y otros despojos, y se llevaron cautivos sus niños y mujeres. Despues de esta ejecucion tan violenta, Jacob dijo á Simeon y á Leví: «Me habeis llenado de dolor y hecho odiosos á los cananeos y á los fereceos, moradores de esta tierra. Nosotros somos pocos; ellos congregados me herirán, y seré yo destruido y mi casa.» Ellos respondieron: «¿Pues qué, debieron abusar de nuestra hermana como de una ramera?» Veremos más adelante cómo, en el lecho de muerte, el patriarca les castigó por esta cruel venganza, privándoles á los dos de su bendicion.

Mientras que Jacob estaba así afligido por

(1) Gén., 33.



el dolor y temor, Dios le dijo: «Levántate y sube á Betel; habita allí y haz un altar al Dios que te se apareció cuando huías de Esaú tu hermano.» Al punto Jacob, convocando toda su familia, dijo: «Arrojad los dioses ajenos que hay en medio de vosotros, purifícaos y mudad vuestros vestidos. Levantaos y subamos á Betel, para hacer allí un altar al Dios, que me oyó en el dia de mi tribulacion, y fué compañero de mi viaje.» Diéronle, pues, todos los dioses ajenos que tenían y los zarcillos que tenían en sus orejas, es decir, en las orejas de los ídolos; ó bien, si se aplica á las personas, habria en estos adornos algo de supersticioso; porque considerándoles en sí mismo, nada tendrían de malo, puesto que vemos á Eliezer hacer presentes á Rebeca. En cuanto á esos dioses extranjeros que se encontraban en la comitiva de Jacob, es conveniente recordar que esta comitiva se componia entonces, no sólo de su familia propiamente dicha, sino de una multitud de siervos y de siervas originarios de la Mesopotamia, y en fin, de todas las mujeres y de todos los niños de la ciudad de Sichem. No es extraño que en un pueblo tan numeroso se encontrasen objetos de supersticion. Jacob los tomó todos y los encerró secretamente al pié de un terebinto. Partió en seguida con todo su pueblo, y Dios envió un gran terror sobre las ciudades que estaban al rededor de ellos, de suerte que nadie se atrevió á perseguirles. Llegó á Betel, llamado hasta entonces Luza, edificó allí un altar, y llamó á este lugar Betel, la casa de Dios, por cuanto se le habia aparecido allí Dios cuando huía de su hermano (1).

En este tiempo murió Débora, nodriza de Rebeca, y fué enterrada al pié de Betel, al pié de una encina, por lo cual se llamó aquel lugar, Encina del Llanto. Los hebreos dicen que Débora habia sido enviada á Harán, por Rebeca, para llamar á Jacob á la casa paterna.

Dios se apareció otra vez á Jacob, despues que volvió de Mesopotamia de Siria, y le bendijo, diciendo: «Ya no te llamarás más Jacob, sino Israel; yo soy el Dios omnipotente; crece y multiplicate; gentes y pueblos de naciones

(1) Gén., 35.

procederán de tí; reyes saldrán de tu estirpe, y la tierra que di á Abraham y á Isaác, te la daré á tí y á tu posteridad despues de tí. Jacob levantó un monumento ó columna en el lugar en que Dios le habia hablado, vertió sobre él libaciones, derramó aceite, y llamó aquel lugar Betel ó Casa de Dios.

Saliendo de allí, avanzó sobre el camino de Efrata, cuando Raquel sintió dolores de parto. Comenzó á peligrar su vida, y la partera la dijo: «No temas, porque aún tendrás este hijo.» Mas esto era al momento en que la amenazaba ya la muerte. Ella le llamó Benoni ó hijo de mi dolor; pero su padre le llamó Benjamin, esto es, hijo de la diestra ó hijo de los dias, ó tambien el báculo de mi vejez. Murió, pues, Raquel, y fué enterrada en el camino que va á Efrata, despues llamado Bethlehem, y en donde nació más tarde el Salvador del mundo. Jacob erigió un monumento, que aún se veia en tiempo de Moisés.

Llegó más lejos, y cuando habitaba más allá de la Torre del ganado, tuvo un gran pesar. El primogénito de sus hijos, Rubén, cometió un incesto con Bala. Jacob nada dijo por entonces; pero estando cercano á la muerte, le dió en rostro con su incesto, le maldijo, le privó de su derecho de primogenitura y le trasladó al cuarto de sus hijos, pues Simeon y Leví, que eran el segundo y tercero, se habian hecho indignos por su conducta con los habitantes de Sichen.

Llegó, en fin, cerca de su padre Isaac, en el llano de Mambreé, hácia Hebron, en donde Abraham é Isaac habitaron como peregrinos. Isaac vivió en todo ciento ochenta años. Murió consumido de la edad, y fué agregado á su pueblo anciano y lleno de dias. Esaú y Jacob, sus hijos, le enterraron (1).

Desde su reconciliacion, los dos hermanos parecían haber vivido en muy buena inteligencia. No se sabe si Jacob fué á encontrar á su hermano á Seir; más bien puede creerse que Esaú fué á habitar con él en el país de Canaan. Se dice, en efecto, que despues que enterraron á su padre y dividieron su herencia, Esaú

(1) Gén., 35.



tomó á sus mujeres, sus hijos, sus hijas y á todos los de su casa, con sus riquezas, su ganado y todo lo que podia poseer en la tierra de Canaan, se fué á otro país y se alejó de su hermano, porque eran tan ricos, que no podian habitar juntos á causa de sus numerosos ganados. Esaú, por sobrenombre Edom, habitó, pues, de nuevo en la montaña de Seir. El nombre de Seir era el de uno de los principes de los antiguos habitantes, llamado Horiens. Esaú pactó con ellos alianzas, pero sus descendientes se hicieron más tarde los únicos dueños. Entonces el sobrenombre de Esaú, Edom, vino á ser el nombre principal de todo el país; fué tambien dado al mar más próximo, que, llamándose desde luego en hebreo el mar de Suf ó del Junco, fué llamado despues mar de Edom, mar Idumeo, en griego mar Eritreo, en latin mar Rojo. Strabon, Plinio, Pomponio Mela y otros antiguos autores, cuentan que este mar no fué llamado así á causa de cierto color rojizo que en él se nota, sino de un gran rey llamado Eritreo, cuyos estados estaban situados á lo largo de sus costas (1). Ahora bien: Eritrus, significa en griego lo que Edom significa en las lenguas fenicia y hebrea, á saber: *rojo*; lo que indica evidentemente que este rey Eritreo

(1) Strabon, lib. XVI. Plinio, lib. VI, 23. P. Mela, lib. III, 8. Q. Curt. lib. VIII, IX, v lib. IX, 1. *Arriano: indio.*

no era otro que Esaú ó Edom; habiendo este establecido su posteridad en aquella comarca, fué llamada el país de Edom, ó con la terminacion griega, el Idumeo y el mar que la bañaba, mar de Edom, y por el desprecio de los griegos, mar Eritreo ó mar Rojo, nombre que lleva aún. Sobre este mar habia dos puertos célebres, Elath y Asiongaber, por donde se hacia el comercio de la Fenicia y de la Arabia con la India. A los indios les era un camino fácil para conocer, no solamente los perfumes de la Arabia, sino una cosa más preciosa todavia, la sabiduria de los idumeos. Porque los descendientes de Esaú se distinguieron entre todos los orientales, no solamente por su valor guerrero, sino tambien por un gran renombre de sabiduria y de prudencia, de cuyo renombre no eran indignos, como veremos por uno de ellos, el patriarca Job.

Haciendo la genealogía de Esaú, de los once principes y de los reyes que de él procedieron, Moisés dice entre otras cosas: «Hé aquí los reyes que reinaron en la tierra de Edom, antes que tuvieran rey los hijos de Israel (1).» Sin embargo, Dios, segun hemos visto, habia prometido á Jacob que saldrian de él reyes. Pues bien, en tiempo de Moisés, esta promesa aún no se habia cumplido, mientras que los idumeos tenian ya su octavo rey.

(1) Gén., 36, 31.

CAPÍTULO IX

El Patriarca José

Once años antes de la muerte de su padre Isaac, cuando el corazón de Jacob sentia todavia la pérdida de su querida esposa, fué probado con una nueva afliccion, que le sumió en un duelo de veinte años. Su hijo José, el primogénito de su Raquel, era el consuelo de su vida, que sus hijos de más edad habian hecho amarga más de una vez. A la edad de diez y siete años, José apacentaba los ganados con algunos de sus hermanos; vióles cometer una accion detestable, y en vez de imitarles, advirtió su reprehensible conducta á su padre. Este le amaba más que á los otros hijos, no sólo por su virtud, sino porque le habia engendrado en su vejez. Le dió entre otras cosas una túnica de diferentes colores.

Viendo sus hermanos que su padre le amaba más que á todos los hijos, aborrecianle y no podian hablar pacificamente cosa alguna. Un incidente vino á aumentar más su encono; este fué un sueño que tuvo. «Escuchad, dijo á sus hermanos, el sueño que he visto: Parecíame que estábamos atando gavillas en el campo, y como que mi gavilla se levantaba y se tenia derecha, y que vuestras gavillas, que estaban al rededor, adoraban á mi gavilla.» Sobre lo cual le respondieron sus hermanos: «¿Serás por ventura nuestro rey? ¿ó estaremos sujetos á tu dominio?» Y á causa de sus sueños y pláticas, le odiaron todavia más. Vió tambien otro sueño, que les contó igualmente: «He visto en sueños como que el sol, la luna y once estrellas me adoraban.» Su padre, á quien le contó lo mismo que á sus hermanos, le riñó, diciéndole: «¿Qué quiere decir ese sueño que viste? ¿acaso yo, y tu madre, y tus hermanos te adoraremos sobre la tierra?» Y así sus hermanos le tenian

envidia; mas el padre consideraba silencioso el caso. La madre de que aquí se habla es Lia; Raquel no vivia ya.

Algun tiempo despues, Jacob envió á José del valle de Hebron hácia Sichem, en donde acostumbraban sus hermanos á apacentar sus ganados. Vagaba en medio del campo, cuando supo por un hombre que se habian dirigido hácia Dothain, en donde les encontró en efecto. «Aquí viene el soñador, se dijeron unos á otros viéndole de lejos. Venid, matémosle y echémosle en una cisterna vieja; diremos que una fiera muy mala le devoró, y entonces se verá qué le aprovecharán sus sueños. Mas Rubén oyendo esto le libró de sus manos, diciendo: «No le quiteis la vida, ni derrameis su sangre; arrojadle en esta cisterna que está en el desierto, y conservad inocentes vuestras manos.» Hablaba de esta suerte, para quitarle de sus manos y restituirle á su padre.

Cuando José llegó á sus hermanos, le despojaron de la túnica talar y de la de varios colores, y le echaron en una cisterna vieja que no tenia agua; despues se sentaron para comer. Mientras tanto, vieron pasar una caravana de mercaderes árabes, unos ismaelitas y otros madianitas; venian de Galaad con sus camellos, llevando aromas, resina y estacte para Egipto. Entonces Judá dijo á sus hermanos: «¿Qué nos servirá matar á nuestro hermano y ocultar su sangre? Más vale que le vendamos á los ismaelitas y que no se manchen nuestras manos, porque hermano y carne nuestra es.» Ellos se aquietaron á sus razones, sacaron á José de la cisterna, y le vendieron á los ismaelitas por veinte monedas de plata. Cuando Rubén volvió á la cisterna y no encontró al muchacho, rasgó